

“Mi querida Carlota: Si Dios permite que tú cures un día, y leas estas líneas, sabrás cuán cruel ha sido la suerte que me ha perseguido desde tu salida para Europa. Te llevaste mi fortuna y mi alma. ¡Ojalá hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias inesperadas han acabado de tal modo con mis esperanzas, que la muerte para mí es una redención gloriosa y no una agonía. Moriré gloriosamente como un soldado, como un rey vencido, pero no deshonrado. Si Dios te llama para que te reunas conmigo, yo bendeciré su mano divina, que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. Adios... adios.—Tu desgraciado MAXIMILIANO”

“Mi querido capitán Pierron:

“En mi hora postrera, recuerdo todavía la amistad cordial y los buenos servicios que me habeis prestado con tanta lealtad. Aprovecho estos últimos instantes para enviaros mi último adiós: quiero manifestaros mi gratitud una vez más, por la franqueza, la adhesión y la abnegación que en todas ocasiones me habeis manifestado.

“Mi corazón necesita este desahogo.

“Espero que os acordeis de mí después de mi muerte, y rugo á Dios que vivais dichoso y tranquilo. No olvideis al que ha sido hasta su último suspiro vuestro afectísimo
MAXIMILIANO”

Querétaro, 15 de Junio de 1867.

“Esta carta, dice *l'Etendard*, manifiesta bajo su verdadero aspecto el alma del príncipe que ha tenido un fin tan desastroso.

“Debemos esta comunicación, agrega aquel periódico, á la bondad del Sr. D. Alejandro Delouche, agregado que fué al gabinete de Maximiliano, y que no se separó de él si no en el momento en que el capitán Pierron salió de México para Francia.—El Sr. D. Eduardo Pierron fué secretario del archiduque, y capitán del tercer regimiento francés de Zuavos, residente hoy en Constantina.

“Querétaro, 16 de Junio de 1867.—Mi querido conde Bombelles.—Mi corazón me impulsa á espresar á vd. á toda prisa, por última vez y en pocas palabras, toda mi ferviente gratitud por la fiel y sincera amistad y el cariñoso afecto, que siempre me ha profesado en toda mi borrascosa vida. Al mismo tiempo suplico a vd. salude de todo corazón á todos mis queridos amigos, á quien nadie mejor que vd. conoce, y les diga á mi nombre, que siempre he obrado fiel á mi honor y á lo que me decían mi deber y conciencia, y que únicamente la traición me ha entregado á mis enemigos después de una defensa larga y penosísima. Mi valiente ejército me ha secundado con lealtad, defendiendo bajo mis órdenes una ciudad abierta, sin provisiones y sin municiones durante 72 días contra un enemigo siete veces más fuerte; me faltan palabras para realzar el heroico valor de mis generales, oficiales y soldados.

“Dándole á vd., mi querido amigo, el último abrazo, quedo suyo afectísimo,
MAXIMILIANO.”

Memorias del Archiduque.

“Nuestros lectores saben que el príncipe Maximiliano ha dejado cuatro tomos de recuerdos que acaban de traducirse al francés. Aunque se refieran

á la juventud del archiducado, contienen páginas llenas de sentimiento y de poesía, de una lectura agradable é interesante. En la descripción que hace Maximiliano de una Virgen española venerada en uno de los santuarios de la Península, se lee el siguiente párrafo:

“Entre las ofrendas enviadas del extranjero se encuentra una gruesa perla regalada por María Antonieta. Todo lo que procede de esta mujer me interesa y conmueve, hasta esa perla que parece una lágrima de presenciamiento y que en días venturosos puso en el manto protector de la Madre eterna. ¡Ha existido mujer más desgraciada que la graciosa hija de María Teresa! ¡Y llaman aún caballeresco al pueblo que tronchó esta flor! ¡Qué contradicción!”

¡Pobre príncipe! No sospechaba sin duda, al compadecer á María Antonieta, que también él sería objeto de lástima en la historia, y legaría á las generaciones una leyenda no menos dramática y sangrienta que la de la noble y desgraciada hija de María Teresa.

La siguiente poesía fué compuesta por Maximiliano antes de venir á México, y forma parte de sus recuerdos:

—“¿Es, pues, necesario, separarse para siempre de mi querida patria, del hermoso país de mis primeras alegrías?”

—“¿Quereis que abandone mi cuna dorada,—y que rompa el lazo sagrado que me une á ella!”

—“La tierra donde he vivido en los años risueños de mi infancia,—donde he sentido las emociones del primer amor,—me será necesario abandonarla por fines inciertos,—de ambición que escitais en mi corazón?”

“Quereis seducirme por el insentivo de una corona,—quereis deslumbrarme por locas quimeras:—debo prestar el oído á los dulces cantos de las sirenas.”—¡Desgracia al que se fia de sus halagadoras promesas!

“Me habláis de cetro, de pa'cio, de poder,—abris delante de mí una carrera sin límites:—es necesario que os siga hasta lejanas costas,—mas allá del vasto Océano?”

“Quereis vestir de oro y de diamantes—la trama de mi vida;—pero podeis darme también la paz del alma?—y la riqueza á vuestros ojos es, pues la felicidad?”

“(¡)h! dejadme seguir en paz mi tranquilo camino—el sendero oscuro é ignorado entre los mirtos!—Creedme, el trabajo de la ciencia y el culto de las musas—son más dulces que el brillo del oro y de la diadema?”

Algunos detalles más sobre lo de Querétaro.

“El Sr. Magnus ha referido el hecho que se va á leer. De cuantos se refieren á los últimos momentos del archiduque, es incontestablemente el más horrible, y lo creemos sin precedente en la historia.

“El Sr. Magnus se hallaba en San Luis Potosí, al lado de Juárez, á quien en vano trataba de convencer, y á quien las señoras de Querétaro dirigian inútilmente todos los días telegramas para pedirle la gracia del prisionero. Supo el Sr. Magnus una mañana, que acababa de salir un correo con la orden para la ejecución, y aunque enfermo, se puso en camino para Querétaro.

La primera visita fué al “*Tigre de las orejas largas*,” al antiguo muletero

convertido en jeneral," á Escobedo, que mandaba la plaza á la cabeza del ejército juarista. Le fué confirmada la fatal nueva.

—Jeneral, le dijo entonces el ministro de Prusia, en nombre de mi soberano, en nombre de la familia de vuestra víctima, en nombre mio, os suplico que me entregueis al menos mañana, despues del suplicio, los restos del emperador.

—Esto me es imposible, respondió Escobedo.

El Sr. Magnus rogó, insistió, se enteró de las condiciones que se podian exigir por ese "favor."

—Solo una... que Maximiliano me lo pida por medio de una carta.

—¡Esto es una infamia! exclamó indignado el ministro; es una abominable crueldad. ¡Cómo! ¿Quereis obligar á ese hombre, á ese agonizante, á ese condenado á rogaros que me entregueis su cadáver, cuando tal vez hoy le queda aún un rayo de esperanza en la generosidad del presidente? (1)

—Es mi última palabra.

Fuera de sí corrió el señor Magnus á la prision, á donde llegó con el semblante trastornado. Maximiliano le estrechó la mano y siguió hablando con Mejía. El señor Magnus se puso entonces á referir en voz baja la conversacion inaudita que acababa de tener con Escobedo: pero por muy bajo que hablase, el emperador oyó estas palabras: "cadáver, carta, condiciones," y quiso saber de qué se trataba. Se eludió la contestacion, pero insistiendo Maximiliano, fué preciso obedecer, y el señor Magnus refirió punto por punto el incidente que acababa de ocurrir.

—¡No es mas que eso! dijo el emperador sonriendo; es cosa muy fácil. Mejía, dadme una pluma.

S. M. escribió de su puño y con mano firme la carta á Escobedo, á quien suplicaba entregase al Sr. Magnus su cadáver para su familia. Habiendo firmado el papel, lo dobló y lo selló y lo presentó á su interlocutor ¡estupefacto!

—Mañana con esto podreis reclamarme.

... Y al dia siguiente, cuando el emperador, que ni aun sombrero tenia para ir al lugar del suplicio, cayó como herido de un rayo á un metro de distancia por las balas mexicanas, un médico mandado por el señor Magnus, despues de apagar el fuego que le quemaba el chaleco, estendió un paño sobre el inerte cadáver, diciendo:

—Tomo posesion de estos restos en nombre del señor Magnus, ministro de Prusia.

El general que presidia la ejecucion hizo seña de que consentia en ello; pero acercándose vivamente un coronel, le dirigió algunas palabras y el general retiró lo dicho. El cadáver fué llevado á la ciudad, y á pesar de la carta del emperador, á pesar de su promesa terminante, Escobedo rehusó entregarlo.

Por mas que se haya escrito y publicado lo contrario, el señor Magnus no cesa de afirmar del modo mas positivo que el emperador quedó muerto en el

(1) Para comprender bien las palabras del señor Magnus, conviene recordar que la antevíspera el emperador y sus dos compañeros de cautiverio, fueron sacados de la prision para ser fusilados, y que despues de un paseo de algunos pasos, se les hizo volver diciéndoles que habia sido prorogado el término.

acto, que no padeció, y que todas las balas se encontraron en su cuerpo.

Antes de su muerte, Maximiliano escribió á Juárez una carta muy noble y conmovedora, y firmó dos ejemplares de ella. Mandó uno á su destino y confió el otro al señor Magnus, para que fuese entregado al emperador de Austria. El portador encargado por el ministro de Prusia para llevar á Europa ese importante documento, desapareció sin que se sepa cómo. En cuanto al presidente, muy buen cuidado ha tenido de no publicar aquel documento. —D. G. d' Auvergne."

"Un méico de Maximiliano ha publicado en Alemania una obra que no ha podido penetrar en Francia. La misma *Gazette* dice que no cree poder honrar mejor la memoria del príncipe fusilado en los fosos de Querétaro, que publicando el siguiente trozo tomado de dicha obra:

"A las ocho el emperador se acostó y yo permanecí solo con él en su cuarto. Hacia las nueve apareció otra vez Palacios con órden de informar al emperador de parte de Escobedo, que sus deseos referentes á sus despojos mortales, serian esactamente ejecutados. El emperador leyó todavia, durante una hora, la Imitacion de Jesucristo por Thomas Kempis. Hacia las diez se apagó su bujía. A las once y media el emperador acababa de dormirse, cuando oí que algunas personas penetraban en el cuarto. Yo me levanté alebrestado. Era el doctor Rivadeneira, que me dijo que el general Escobedo estaba allí y deseaba hablar al emperador. El ruido despertó á S. M., quien volvió á encender su bujía. Escobedo entró, y yo me retiré con Rivadeneira. Despues de algunos momentos salió el general, y yo regresé cerca del emperador, el cual me dijo: *Escobedo ha venido á despedirse de mí. Qué lástima! dormia yo tan bien!* Algunos instantes despues S. M. apagó otra vez su bujía, y al cabo de una hora, que fué para mí una eternidad, me apercibí por su respiracion tranquila é igual, de que el emperador dormia. Se despertó á las tres y media, y yo llamé inmediatamente al criado que dormia en un cuarto que daba sobre el corredor. A las cuatro vino el confesor. A las cinco asistió el emperador á la misa en compañía de los dos generales prisioneros, y a las seis menos cuarto se desayunó con café, gallina, pan y vino. Me entró, por segunda vez, su anillo matrimonial que yo le habia devuelto el dia 16, cuando se aplazó su ejecucion. Me repitió sus órdenes y su despedida de sus amigos; puso en la bolsa de su chaleco un escapulario que su confesor le habia dado. "*Llevareis esto á mi madre.*" Esta es la última órden que el emperador me dió. A las seis y media llegó el coronel Palacios. La última luz de esperanza desapareció en este momento. El emperador se adelantó entre los soldados que formaban la escolta. Yo le acompañé hasta la escalera, en donde me estrechó de nuevo la mano con una ligera inclinacion de cabeza y una sonrisa amistosa. Yo traté de seguirlo, pero las fuerzas me abandonaron. No me fué posible hacerlo. Media hora despues fuí sacudido de mi torpeza con el sonido de las campanas. Lo inaudito se habia verificado. Hacia las ocho volvió el coronel Palacios, profundamente conmovido y turbado, que me dijo con voz alterada y tomándome de la mano. *Era una alma grande.*"

D. Pedro Pruneda acaba de publicar en Madrid un tomo que llama "His-

toria de la guerra de México, desde 1861 á 1867." Hé aquí como refiere en esa obra los últimos momentos del Archiduque:

"Durante el curso de los debates se propuso á Maximiliano ó á sus abogados la siguiente cuestion: ¿Quereis asumir toda la responsabilidad de las luchas que han tenido lugar en este país despues de la salida de las tropas francesas? El Emperador respondió: "No, Juarez es el responsable de todo. Despues de la salida de los franceses, le envié un mensajero, y le propuse una amnistia general y perdón completo para todos los que están identificados conmigo en la causa imperial. Juarez lo rehusó, y no tenia otro medio que esperar y hacer todos los esfuerzos posibles para proteger á gran parte del pueblo mexicano."

Marchó á la muerte con la serenidad de quien cree que cumple con un fatal destino. Lloró por muerta á la princesa Carlota unos cuantos dias antes; é insensible despues á su propio infortunio, lo fué tambien para impresiones que antes lo hubieran conmovido. La muerte de la princesa, tal vez la creyó y dió por cierta. Despertó en su corazon el sentimiento de un inmenso bien perdido, y regó con llanto una memoria santa y triste en todas las visceritudes de la vida. Eran los últimos dias de su existencia, y la noticia de esa muerte, que nadie sabe quien espació, produjo en su espíritu, herido por la pérdida de una mujer á quien tributó un culto de respeto y afecto, una reaccion de ciencia indiferencia ó filosófica resignacion. Dijo, así lo aseguraron sus defensoras, que la mano de Dios le mandaba un lenitivo en su desgracia; que la muerte de la princesa Carlota le daba mas valor para despedirse del mundo.

Poco antes de la ejecucion, la señora de Mejía corria delirante por las calles de Querétaro, llevando en sus brazos á un recién nacido. La princesa de Salm Salm, segun se dijo, habia intentado la evasion del Emperador; pero el secreto fué revelado por un oficial mexicano, que en diamantes de la princesa, recibió 125,000 francos para que proporcionará la fuga del Emperador. Descubierta este complot, la princesa de Salm Salm y todo su séquito recibieron al instante la orden de abandonar á Querétaro.

Cuando se notificó la sentencia á los tres presos, no manifestaron ningun género de sorpresa, pues no habia sido posible ocultarles por mucho tiempo la suerte de sus compañeros, y Maximiliano se limitó á pedir que se les dejara permanecer juntos hasta su última hora, lo que les fué concedido. Los tres fueron trasladados á un antiguo convento que habia servido de hospital á las tropas francesas, ocupando una espaciosa pieza del piso bajo con ventanas que dan al jardin. El oficial que mandaba el peloton que debia acompañarlos al lugar de la ejecucion, pidió perdón á Maximiliano diciéndole que no aprobaba la sentencia: "Pero soy soldado, añadió, y debo obedecer las órdenes que he recibido." Y cuentan que Maximiliano respondió: "Un soldado debe obedecer siempre á su consigna. Agradezco de todo corazon vuestros excelentes sentimientos, pero exijo que cumplais las órdenes que os han dado."

Solo se dejó entrar al abate Fischer, secretario y confesor de Maximiliano. Algo mas tarde, el obispo de Querétaro se presentó ofreciendo sus auxilios espirituales, que fueron aceptados por los prisioneros. Pasaron la noche conversando en voz baja, y se confesaron. Miramon sufria mucho de resultas de

su herida; Mejía se durmió profundamente. Maximiliano pidió papel y pluma, lo que tardó algo en encontrarse á causa de lo avanzado de la noche. A las cuatro de la mañana Maximiliano quiso oír misa, que fué dicha por el obispo, para lo cual despertaron á Mejía; y parece que despues de la misa, el príncipe permaneció largo tiempo arrodillado sobre el suelo, con la frente apoyada entre las manos. Ignórase si lloraba ó si rezaba.

Miramon estaba pálido y abatido. Mejía sumamente altivo pues es preciso no olvidar que era indio, y que decia era una gloria para él morir con su soberano. A las siete se oyó la música del cortejo fúnebre, y el capitán Gonzalez entró en la capilla con las banderas. Miramon se dejó tapar los ojos sin hacer ningun movimiento; Mejía se resistió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se somató ó tranquilament-

El Emperador, adelantándose, manifestó que en manera alguna consentiria que le tapasen los ojos. Despues de un momento de indecision, el capitán Gonzalez saludó al Emperador y se puso á la cabeza de la escolta.

Abria la marcha un escuadron de lanceros; seguia una música tocando una marcha fúnebre, y un batallon de infantería á cuatro en fondo. Al llegar el cortejo frente á la puerta principal del hospital Mejía dijo en alta voz: Señores, dadnos una vez mas el ejemplo, mostrándonos vuestro valor, pues seguimos los pasos de V. M." En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demas velas encendidas. Seguian los tres ataúdes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecucion y los banquillos. Entonces el capitán Gonzalez hizo señal á Maximiliano de que le siguiera, y el Emperador se adelantó valerosamente, diciendo á los dos generales: "Vamos á la libertad." La procesion marchó lentamente por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

Iba primero el Emperador, llevando á su derecha al abate Fischer, y á su izquierda al obispo; detras marchaba Miramon, á quien sostenian dos franciscanos, y Mejía entre dos presbíteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron á lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente al sol, y sacando su reloj tocó un resorte que ocultaba el retrato en miniatura de la Emperatriz Carlota, besóle, entregando la cadena al abate Fischer, y le dijo, "Llevad este recuerdo á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidla que mis ojos se cerrarán con su imagen que me llevo al cielo."

En cuanto llegaron cerca del gran muro exterior del cementerio, las campanas empezaron el toque de agonía: solo los que componian la escolta estaban presentes, pues el público habia sido alejado á gran distancia. Se colocaron las tres banquetas con las cruces de ejecucion junto al muro, y tres pelotones compuestos de cinco hombres cada uno, con dos sargentos de reserva para el tiro de gracia, se acercaron á tres pasos de los condenados.

A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un Maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: "Voy á morir por una causa santa, de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!"

El Emperador, al ver mover los fósiles, creyó que iban á hacer fuego, y acercándose á sus compañeros los abrazó con efusion. Miramon, sorprendido, cayó sobre la banqueta; pero Mejía devolvió á Maximiliano su abrazo, pronunciando palabras que nadie pudo oír, y despues cruzó los brazos sobre el pecho, sin quererse sentar. El obispo, acercándose á Maximiliano, le dijo: "¡Señor! dé V. M. en mi persona á México entero el ósculo de reconciliacion; perdónelo todo V. M. en este instante supremo."

Agitado interiormente el príncipe por una emocion visible se dejó abrazar sin decir una palabra, y despues levantando la voz, dijo con gran firmeza: "Decid á López que le perdono su traicion; á México entero que le perdono su crimen." Despues Maximiliano estrecho las manos del abate, que no pudiendo hablar, cayó á sus piés derramando abundantes lágrimas. Mucha gente lloraba; Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta: "A la disposicion de vd." A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en aleman, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo.

Tal fué el trágico fin de este príncipe desventurado, en la plenitud de la vida, puesto que aun no habia cumplido 35 años. El archiduque Fernando Maximiliano de Austria, por sus dotes de ingenio y de valor, era ciertamente digno de mejor suerte; honrado, leal, instruido, caballeroso, valiente, conocedor de las necesidades de la época actual; dotado de un vivo sentimiento de justicia; compasivo y afable con los pobres y desvalidos, en otro tiempo, ó en diversas condiciones y bajo mejores auspicios, hubiera sido un excelente monarca, aun supuesta su conocida debilidad de carácter, que no contribuyó poco á su triste destino. Fué fusilado el 19 de Junio de 1867.

Maximiliano, heredero de un nombre ilustre, pariente de casi todos los soberanos de Europa, quiso ser en el Nuevo Mundo la personificacion mista del Imperio y de la democracia. Descendiente de cien reyes que han gobernado las naciones europeas, solo en el secreto impenetrable del destino pudo estar escrito que seria el restaurador del imperio en México. Restauracion peligrosa, aunque fuera hija de un espíritu que conocia el progreso del siglo, y se tratará de un pueblo dócil y bueno que repugna los espectáculos de sangre; restauracion imposible, aunque la dinastía de Carlos V. tomara en sus manos la bandera de igualdad y libertad.

Más sobre los funerales.

"La escuadra que acompañaba al cadáver de Maximiliano entró en la rada de Pola antes de lo que se esperaba. A una señal de la fragata almirante, salió del puerto una lancha y fué á amarrarse al costado de la "Novara;" doce marineros izaron sobre el puente una caja larga y pesada. Era el féretro enviado á petición de Tegethoff por la familia imperial de Austria, féretro dorado, cincelado, grabado y de metal inoxidable, destinado á reemplazar la caja mexicana llegada de Querétaro.

Dos razones habia para cambiar así por última vez el lecho fúnebre del archiduque: primero, el mal estado del ataúd en que se habia traído, y despues el temor de esponer esos restos desfigurados á los ojos de la archidu-

quesa Sofia, que no hubiera dejado de querer dirigir una mirada á su desgraciado hijo. Para evitar un accidente posible y una escena seguramente desgarradora, se deseaba sellar en Pola, antes de desembarcarlo en Trieste, el féretro de cobre.

Cuando se quiso practicar el cambio, notóse con estorbo que el féretro imperial enviado de Viena era muy pequeño. Fué menester renunciar á hacer uso de él, y por una suprema fatalidad, el emperador Maximiliano, fusilado en México y vuelto á traer entre los suyos, ni aun encontró un ataúd para su talla. ¡Tuvo que permanecer en la caja de sus enemigos!

A la misma hora y en el mismo dia se anunciaba á la emperatriz Carlota que su marido habia sido muerto á la cabeza de su ejército en una gran batalla dada á los juaristas.

El cadáver no fué embalsamado como se ha dicho, sino desecado, momificado, y suena al contacto del dedo. Lo que hace que su aspecto general sea particularmente repugnante, es la contraccion de los labios, que deja salir los dientes muy largos. La fotografia hecha en Querétaro no deja ilusion alguna sobre esto.

Los funerales han sido descritos en otras partes y es escusado repetir los detalles: se han celebrado dos ocasiones. La parte mas solemne y pomposa fué la recepcion de los restos mortales en Trieste; la mas conmovedora ha sido la entrada en Viena, por la noche á la luz de las antorchas. La poblacion entera estaba allí, silenciosa, recojida, llena de emocion, esperando al que ella llamaba "el pobre Max," para darle por última vez las buenas noches.

"Cuando recuerdo las entradas triunfales en México, bajo lluvias de flores, me decia uno de sus antiguos consejeros, cuando pienso en las ovaciones entusiastas de los mexicanos, que tantas veces presencié, y veo esta triste ceremonia, me creo juguete de un sueño: ¡qué caída y qué fin!"

En el momento de esa dolorosa manifestacion de los habitantes de Viena, enterada la archiduquesa Sofia de la llegada del cadáver de su hijo, despidió á todos los que estaban á su lado y se encerró en sus habitaciones. Allí, apoyada en la ventana del palacio que daba vista al tránsito del acompañamiento, entreabriendo la cortina, presenció el desfile. El dolor de la madre fué tan agudo, que ésta no pudo derramar ni una lágrima. ¿No es este episodio el verdadero epílogo del drama?

Cuando el baron Magnus, el honorable ministro de Prusia que asistió al emperador hasta su último momento, volvió á Europa, se trasladó inmediatamente á Viena para entregar á Francisco José lo que habia podido recojer de los objetos que su hermano habia dejado, y despues de una larga audiencia iba á retirarse, cuando S. M. le recomendó que hiciese una visita á la archiduquesa Sofia.

—Hay detalles que debo callar, dijo el Sr. Magnus; serian demasiado crueles para el corazon de una madre.

—No trateis de ocultarle nada, le respondió el emperador de Austria: mi madre ha leído cuanto se ha escrito en todas partes sobre su hijo; ella quiere oír y saberlo todo: nada olvideis; ella está llena de valor.

Se habia tenido el buen gusto de no poner sobre el féretro insignia alguna, ninguna condecoracion: coronas de laurel de Miramar y nada mas.

De intento se omitió una parte del ceremonial, porque el ataud estaba sellado por los motivos ya espresados.

La capilla que sirve de sepultura á la familia imperial de los Hapsburgo, está confiada á la custodia de una orden monástica que vive de limosnas públicas; el superior concurre á los funerales, y cuando el cadáver está suspendido con cuerdas sobre la cripta, antes de bajarlo se pregunta al religioso, descubriendo el rostro del difunto.

—¿Reconoceis estos restos mortales por ser los de...? (sigue el nombre y las cualidades de la Alteza á quien se sepulta).

El superior se acerca, se inclina y responde:

—“Lo reconozco y acepto su custodia.”

Despues la tapa corre por la muesca de metal y el ilustre difunto va á ocupar su lugar al lado de sus abuelos.

Es o es lo que se ha pasado en silencio.

Se ha hecho esta observacion demasiado curiosa: La última prision de Maximiliano en Querétaro fué el convento de Capuchinas, y su último asilo al lado de los suyos, en Viena, lleva el mismo nombre.

Los jóvenes archiduques lloraban silenciosamente durante el servicio fúnebre; pálido y sosegado, el emperador dominaba su emocion. Solo el anciano archiduque, padre de Maximiliano, desgarraba el alma con su inmensa desesperacion.

La viuda de Miramon asistió á las exequias con sus tres hijos. Dicen que la desgraciada señora es digna de lástima: carece de bienes de fortuna, y el emperador de Austria debe asignarle una pension. Y López está hoy muy tranquilamente establecido en México; ha llegado á ser un persnaje y goza de los beneficios de Juarez. Men s afortunado que él, el presidente del consejo de guerra que condenó á muerte al emperador, acaba de ser asesinado.

Es costumbre en México plantar una cruz de madera negra en todos los sitios donde se ha cometido un crimen ó ejecutado á alguien. Se comprende que debe haber muchas en toda la estension del territorio. Despues de la muerte de Maximiliano, los indios plantaron inmediatamente la cruz tradicional; pero en el mismo dia fué cortada en pedazos y desmenuzada para hacer reliquias. Se colocó otra y despues una tercera, y así han consumido mas de diez las tribus vecinas y la poblacion de Querétaro.

Las Reliquias del Archiduque.

“Las reliquias del emperador Maximiliano, llevadas á Viena por el Dr. Basch, han sido distribuidas entre diferentes personas ligadas con el difunto emperador por vínculos de parentesco ó de afecto. El emperador de Austria ha recibido la Cruz de caballero de la Orden mexicana del Águila, fundada por Maximiliano, como tambien una medalla de oro con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya cruz y cuya medalla fueron usadas por el emperador. S. M. la emperatriz ha recibido como recuerdo un abanico; la reina Carolina-Augusta un pequeño rosario; la gran duquesa Sofia dos anillos y el escapulario atravesado por una bala, como tambien un retrato bor-

dato que las señoras de Querétaro regalaron al emperador cuando entró en aquella ciudad. El archiduque Francisco Carlos ha recibido el rosario que el emperador tenia en sus últimos momentos; el archiduque Carlos Luis el anillo grabado de Maximiliano que le servia de sello; el archiduque Luis Víctor una medalla de plata con la imagen de la Virgen. La reina de Inglaterra ha recibido un medallon con un bucle de cabellos de la emperatriz Carlota; el rey de los belgas la Cruz de caballero de la Orden de Guadalupe, que llevaba el emperador durante el sitio de Querétaro; el conde de Flandes el reloj y la cadena de Maximiliano. La princesa María Awersperg, que fué dama de honor de la emperatriz Carlota, ha recibido un abanico de hojas de palma; el conde Hadik de Futak, gran chambelan de Maximiliano cuando era archiduque, un par de botones de camisa; el marques Corio unas espuelas de oro; el capitán de navío Radouch un espejito de mano que usaba el emperador; el Dr. Zelly, médico en jefe de la casa imperial, la Historia de Italia de César Cantú, con una suscripcion autógrafa del emperador, y un baston.

“El Dr. Basch ha entregado al gran chambelan el sombrero que llevaba Maximiliano durante su cautiverio de Querétaro, y el cual está destinado por la voluntad del emperador al Museo de Miramar.”

La ley de 3 de Octubre.

Probado como está en la defensa que del archiduque hicieron en Querétaro cuatro abogados nada sospechosos para el partido liberal, que esa ley dictada *ad terrorem* fué obra del mariscal Bazaine, quien precisó al archiduque para que la firmara con la falsedad de que el Sr. Juarez habia abandonado el pais, la siguiente carta dirigida al mismo mariscal viene á ser un documento de bastante importancia:

“Hacienda de Zoquiapan, 21 de Octubre de 1866, por la noche.

“Mi querido mariscal:

“Mañana me propongo remitiros los documentos necesarios para poner término á la violenta situacion en que se encuentra, no solamente mi persona, sino tambien todo México. Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el dia en que yo os lo indique por el telégrafo.

“Tres cosas me preocupan, y quiero de una vez desprenderme de la responsabilidad que tenga por ellas.

“La primera es: que cesen las cortes marciales de intervenir en los delitos políticos.

“La segunda: que quede heecho revocada la ley de 3 de Octubre.

“La tercera: que por ningun motivo haya persecuciones políticas, y que cesen toda clase de hostilidades.

“Deseo que llameis á los ministros Lares, Marin y Tabera, á fin de concertar las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, sin necesidad de que se trasluzcan mis intenciones espresadas en el primer párrafo.

“No dudo que agregareis esta nueva prueba de verdadera amistad, á las muchas que ya me habeis dado; y por ello os anticipo sentimientos de gratitud, renovándoos las seguridades de consideracion y de amistad con que soy vuestro afectísimo, MAXIMILIANO.”

Contestacion del Emperador Maximiliano á la protesta de los Sres. Obispos.

Señores: He leído con gran interes vuestra esposicion de 29 de Diciembre último, y la he examinado con la profunda atencion que me exigen mis deberes de soberano.

En ella dirijís, si bien en términos respetuosos, reeriminationes á mi gobierno, queriendo compararle con anteriores gobiernos de triste recordacion, y tratáis despues, ignorando, como en más de una ocasion lo habeis dado á entender, el estado de las ultimas negociaciones relativas á los asuntos eclesiásticos.

Yo desearia que esta cuestion no la hubiéseis juzgado tan severa y temerariamente, sin haberla antes estudiado en todos y en cada uno de sus detalles. La calma la reflexion y la humildad y dulzura, son la mejor prenda y el mejor adorno de una dignidad de la Iglesia. Ignorais lo que ha pasado en Roma entre uno y otro soberano; no habeis asistido á las negociaciones y conferencias que han mediado con el nuncio, y no podeis por lo tanto, juzgar de parte de quién se halle la razon, de parte de quién proceden las usurpaciones, si es quo acaso las ha habido. Como buen católico y soberano fiel á sus deberes, yo debo correr el velo sobre ciertas cosas, dejando á Dios y á la historia el cuidado de justificar mis actos; pero quiero al mismo tiempo contestar á algunos puntos de vuestra esposicion.

Hace seis meses que mi gobierno esperaba, y con razon sobrada, un nuncio con amplios poderes para terminar el lamentable estado en que las cosas se encontraban, por medio de sanas y enérgicas reformas conformes con el sentido del verdadero catolicismo; y era tanto más fundada esta esperanza de mi gobierno, cuanto que mi ministro de Estado habia enviado, por orden mia, una nota apremiante á Roma, esponiendo con laudable franqueza la situacion violenta y difícil en que se encontraban los asuntos eclesiásticos, y la imprescindible y dura necesidad en que nos veiamos de dar una solucion por nosotros mismos, si no tenia lugar un pronto y satisfactorio arreglo, que todos deseábamos. Esta nota, como todo el mundo sabe, llegó á Roma mucho antes de la salida del nuncio.

Con la esperanza de un arreglo tan inmediato como deseado, recibimos al nuncio con distinciones y deferencias, rara vez concedidas á un dignatario de la Iglesia ni á ningun embajador. Yo hice entonces lo que no acostumbra generalmente hacer los soberanos: invitar al nuncio a poco de su llegada á esta capital á una targa conferencia. En ella le manifesté con la mayor franqueza, y podia decir mejor, con toda confianza, aquellos puntos en que mi gobierno podria mostrarse condescendiente, y en los que por el contrario, no podria dar nunca su asentimiento. Estos puntos me habian sido marcados por mi deber y mi conciencia, despues de un estudio minucioso y atento del estado de cosas en el imperio de México. El nuncio fué en esta conferencia bastante esplicito: declaró que tenia poderes para resolver algunos de aquellos puntos, y que los demás para los que él no se hallaba facultado, se arreglarían en Roma.

Mi mas ardiente deseo le veia en gran parte realizado; y conociendo la marcha lenta y pesada de los asuntos en Roma, supliqué al nuncio concerta-

ra de acuerdo con mi ministro de Gracia y Justicia, un medio que, entretanto se daba una solucion definitiva á los asuntos pendientes, tranquilizase á la nacion, y le diese un testimonio de nuestra paternal solicitud y del buen deseo de nuestro gobierno.

En su primera conferencia con mi ministro, el nuncio se espresó de la misma manera que lo habia hecho conmigo, y nuestro gobierno abrigaba las mas halagüeñas y dulces esperanzas. Veinte y cuatro horas despues de esta conferencia, y contradiciendo abiertamente cuanto habia manifestado en la anterior, el nuncio declaró que no tenia poderes, y así lo manifestó luego terminantemente al ministro de Estado en una carta concebida en términos bien estraños é irrespetuosos, confiando sin duda en nuestra indulgencia. Faltaba, pues, el concurso de los dos poderes. ¿Cómo hacer sin este concurso un arreglo ó concordato cualquiera? Despues de este inesperado acontecimiento, nuestro gobierno que tiene la conciencia de su dignidad y de sus deberes, no podia esperar tres meses para esponerse á un desengaño igual; y dejar sin resolver cuestiones de interés vital para el país; y sobre todo, que el gobierno no pretendia nada que ya no se hubiese practicado en otros países católicos con la aquiescencia de la Santa Sede.

La gran mayoría de la nacion exige y tiene derecho á exigir esta solucion, y en este punto, yo estoy seguramente en situacion de juzgar con mas acierto que el Episcopado, porque acabo de recorrer la mayor parte de vuestras diócesis, entretanto que vosotros permanecéis tranquilos en la capital despues de vuestro destierro, sin que os importe el estado de vuestras diócesis. Por todo esto, y despues de un maduro y detenido exámen, despues de haber consultado mi conciencia, despues de haber oido el parecer de eminentes teólogos, me decido por un acto que en nada perjudica al dogma de la religion católica, y que asegura en cambio á nuestros conciudadanos la garantía de las leyes.

Quiero, antes de terminar, llamar vuestra atencion sobre un error en que habeis incurrido en vuestra esposicion. Decís que la Iglesia mexicana no ha tomado parte nunca en los asuntos políticos. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! Pero desgraciadamente tenemos testimonios irrecusables, y en gran número por cierto, que son una prueba bien triste, pero evi lente, de que los mismos dignatarios de la Iglesia se han lanzado á las revoluciones, y que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado.

Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia mexicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto, y despreciando completamente las verdaderas máximas del Evangelio. Si; el pueblo mexicano es piadoso y bueno, pero no es católico en el verdadero sentido del Evangelio, y ciertamente que no es por su culpa. Ha necesitado que se le instruya, que se le administren los Sacramentos gratuitamente como manda el Evangelio; y México, yo os lo prometo, será católico. Dudad, si quereis, de mi catolicismo: la Europa conoce há mucho tiempo mis sentimientos y creencias; el Santo Padre sabe cómo pienso; las Iglesias de Alemania y de Jerusalem, que conocen como yo el arzobispo de México, atestiguan mi conducta sobre este pun-